

Perdices

Cuando lo vi aparecer por el callejón con las alpargatas llenas de barro me dio risa. Niiiña, la última vez que hablamos terminamos enojados. Nos sacamos los trapitos al sol y se fue de casa con un atadito de ropa. Sí, sí, se fue él. Yo no lo abandoné. Se fue de la casa de adobe que habíamos construido juntos.

Y yo, tan resentida, me puse a llorar. ¡Quedé tan triste como viernes santo! Ahora lo veo venir, más viejo, más solo y me vuelve a dar risa. Me acuerdo de las noches en las que me juró amor eterno. Me escondo detrás de la tinaja, como cuando jugaba de chica. La tinaja que me regaló mi abuelo que en paz descanse.

¡Pero qué viejo se lo ve! Y qué, yo también me veo vieja. Pero así y todo, ando. Aunque me duela la rodilla. Ando. Nada de flojera que aún a mis setenta y siete, trajino la casa y hago dulce. No amaso porque para mí sola, ¡qué voy a amasar, niiiña!

Éramos felices compartiendo momentos de alegría. ¿Éramos felices? ¡Pero comimos perdices! Las que cazaba cuando se iba al campo para que yo no me diera cuenta. En esas idas, descubrí que usaba mi ropa. Primero me dio risa, la misma risa que me da ahora. Después me hacía la zonga, niiiña. ¿De cábala que lo hacía? Para traer buenas presas, seguramente.

Hasta que la Pepa soltó la lengua. ¡Ay, esa Pepa! Siempre haciendo lío, siempre metiéndose en corral ajeno.

-Andan diciendo que lo han visto al tuyo disfrazado de mujer.

-Callate, haceme el favor! ¡Puro cuento!

-Emilia, no son cuentos. ¡Hasta mi mamá lo ha visto!

Ahí viene, caminando por el callejón. El corazón me empezó a latir fuerte. ¡Pucha, digo!

Ahora, todo lo que habíamos vivido se me apareció como en fotos. Fotos mágicas. Fotos color de rosa.

Es que estamos viejos, niiiña, y darnos cuenta que somos el uno para el otro nos

ha llevado demasiado tiempo.